

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

TOMÁS CARRERAS Y ARTAU, *Estudios sobre médicos-filósofos españoles del siglo XIX*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto «Luis Vives» de Filosofía. Delegación de Barcelona. Barcelona 1952.

El Dr. Tomás Carreras y Artau, catedrático de la Universidad de Barcelona y personalidad de gran renombre en el campo de la investigación filosófica, ha brindado no ha mucho a los medios intelectuales el libro acabado de consignar. Libro que viene a ser, en relación con los trabajos que de tiempo le preocupan —conjuntamente con su hermano Joaquín—, una anticipada contribución a la Historia de la Filosofía española en el expresado siglo XIX.

Puestos en el trance agradable de escribir unas líneas recentivas de esta obra tan densa en erudición y apreciaciones, hemos optado para mejor destacar su alta valía, acogernos al procedimiento de sintetizar, con detalles exactos, el contenido de los distintos capítulos, utilizando casi siempre para mayor fidelidad palabras textuales. Llegada la ocasión se recogerán, por simpatía conterránea, todas las referencias pertinentes a figuras gerundenses.

Digamos, de pronto, que el libro no constituye una curiosa galería de retratos, sino una investigación honda y elevada que trata de descifrar por un lado, las conexiones ideológicas entre los médicos-filósofos examinados, y, por otro, señalar la significación de sus respectivas doctrinas dentro de las direcciones, ya de la Filosofía general, ya de la Filosofía médica en cada momento. Investigación que se desarrolla en diez capítulos, destinados los cuatro primeros a exponer los factores que influyeron en la formación filosófica de los personajes estudiados, y los restantes, a tratar en particular de las no escasas celebridades que en el indicado orden brillaron en nuestra patria durante el pasado siglo. Cabe advertir que el último capítulo, rico y extenso, merece por sí solo, el innegable calificativo de libro notabilísimo, completo y decisivo.

Los aludidos factores de influencia formativa, se concretan y especifican en los que siguen: «El Hipocratismo». El nombre de Hipócrates, padre de la Medicina, y el de Galeno, fundador de la Filosofía médica, suelen ir juntos dentro de lo que se ha dado en llamar la tradición hipocrática. Tradición bien eficiente en España por cuanto los libros de las dos citadas notabilidades continuaron como textos obligatorios en la enseñanza hasta muy entrado el siglo XIX. «La enseñanza filosófica universitaria». Las Universidades españolas que se debatían en franca decadencia desde el siglo XVIII, convinieron, no obstante su pluralidad de planes de estudios, en exigir siempre, por lo que respecta a la carrera de Medicina, una cierta formación filosófica, previa a los estudios propios de

la Facultad. «La enseñanza adquirida en el extranjero por los pensionados y emigrados». Pensionados: La villa de Montpellier era centro de atracción escolar, sobre todo, por su famosa Escuela de Medicina. No es de extrañar, por tanto, que una legión de alumnos hispanos cursaran en aquella ciudad la indicada carrera. Uno de estos fué Juan Bruguera, ciudadano gerundense, quien al morir en 1452, dejó instituida una fundación con el nombre de Colegio, para que pudiesen estudiar Medicina en Montpellier los hijos y patricios de Gerona. Este Colegio seguía funcionando durante el siglo XVIII y buena parte del XIX. Emigrados: Los médicos que en el pasado siglo, por motivos políticos, se veían obligados a emigrar, al volver a España, aprovechando nuevas situaciones gubernamentales, importaban no sólo conocimientos profesionales, sino también un bagaje de doctrinas filisóficas, inspiradas, generalmente, en los principios de la Enciclopedia y de la Revolución francesa. «Las Academias de Medicina». Al margen de las Universidades una profusión de Academias Médicas funcionaban en España al comenzar el siglo XIX. Descollaban por su mayor actividad y prestigio las de Madrid y Barcelona. El Dr. Carreras nos presenta, en este cuarto capítulo, el resultado paciente de la exploración de un número considerable de disertaciones inéditas, custodiadas en la biblioteca-archivo de la Real Academia de Medicina de Barcelona, que por su procedencia, asunto y tendencias, clasifica en cuatro grupos. Entre las procedentes de Montpellier es destacada por su importancia y rigor filosófico, la intitulada: «Du danger des mots qui expriment les forces vitales», del año 1830, escrita por Joseph Viader, doctor en Medicina de la indicada Facultad. Probablemente, se insinúa, un ex-becario del Colegio de Gerona.

En el capítulo quinto y con la figura de Antonio Hernández Morejón, hombre de extraordinario saber e investigador constante, se comienza a tratar en concreto de nuestros médicos-filósofos modernos. Después de unas notas de carácter personal y formativo se examinan y valoran de este autor los siguientes trabajos de interés filosófico: «Historia biográfica de la Medicina española», producción renombrada y extensa que continúa siendo, a pesar de sus deficiencias, un recio monumento de la cultura médica española y un buen auxiliar para el historiador de la Filosofía patria. «Bellezas de la Medicina práctica descubiertas en la obra de Cervantes». Jugoso estudio médico-psicológico sobre la locura de don Quijote, que luego fué aprovechado por J. M. Guardia y el eminente alienista Emilio Pi Molist; e «Ideología clínica o de los fundamentos filosóficos para la enseñanza de la Medicina y Cirugía», volumen que en la obra se analiza cuidadosamente por tratarse, se dice, de un trabajo de originalidad indiscutible y una anticipada «Lógica de la Medicina», digna de figurar en ese conjunto de investigaciones hoy de moda, sobre Lógica de las Ciencias.

Dentro la línea de pensamiento, que no es exactamente de filosofía médica, sino más bien de filosofía jurídica, política y social, son presentados en el capítulo sexto, varios médicos, y estudiada con detención la atrayente figura del

doctor Francisco Fabra y Soldevila, gerundense, del que se expone lo siguiente: Nacido en Llivia el año 1778, cursa matemáticas y filosofía en Barcelona, y en Montpellier, la carrera de Medicina. Reintegrado a España publica su obra más significativa: «Filosofía de la Legislación natural fundada en la Antropología». En el proemio, el autor, se lamenta del atraso de la Ciencia de la Legislación, y estima que su progreso depende conjuntamente de la Antropología y de la Medicina. La obra se desenvuelve con arreglo a un plan extenso de materias: trata en general, de la naturaleza del hombre, y, en particular, de los instintos, pasiones, facultades intelectuales y morales, terminando con un estudio prolijo sobre educación. La parte que ofrece mayor novedad, a lo menos dentro de los desiguos de Fabra, son las ochenta «inducciones antropológico-legislativas», que coronan la exposición filosófica. Con curiosidad, indica como resumen el Dr. Carreras, se lee hoy este trabajo, pero, en conjunto, le falta firmeza doctrinal.

Habida cuenta que a mediados del siglo XIX bastantes médicos, despegándose un tanto de la profesión, se dedican con fervor al cultivo de la Filosofía, se reseñan algunos de éstos en el capítulo séptimo; reseña amplia en cuanto al polígrafo Pedro Felipe Monlau y limitada casi a mera mención la del extravagante Mariano Cubí. Monlau nace en Barcelona el año 1808 y aprovecha para su formación diversos centros patrios, y, emigrado político, algunos del extranjero. Doctor en Medicina y Bachiller en Filosofía, obtuvo en 1848 una cátedra de Psicología y Lógica en el Instituto de San Isidro de Madrid, lo que le dió motivo para publicar un curso de Psicología donde su posición espiritualista es defendida con interesantes aportaciones fisiológicas. Seis años más tarde consigue la cátedra de Higiene de la Facultad de Medicina de la capital, materia en la que, como indiscutible sistematizador en nuestra patria, supo imprimir horizontes vastísimos y un fundamento filosófico. Dos obras troncales escribió sobre este asunto: «Higiene privada o arte de conservar la salud del individuo» e «Higiene pública o arte de conservar la salud de los pueblos». Partiendo de estos dos trabajos pasó, luego, Monlau a fijarse en las diversas ramas particulares de la Higiene, sobre las cuales escribió unos estimables tratados que obtuvieron gran divulgación. De Mariano Cubí, oriundo de Malgrat, se indica en la obra reseñada: «no sé hasta qué punto este activo divulgador en España de la Frenología, con grandes pretensiones filosóficas, puede ser incluido en la presente historia». Cubí no era médico, era un profesor de lenguas. Su obra principal «La Frenología y sus glorias», ya fué objeto en su tiempo de sesudas impugnaciones. Enjuiciado con imparcialidad el movimiento de este autor, creo, dice el Dr. Carreras, que no pasa de un episodio pintoresco y divertido, y sólo como tal puede ser registrado en una historia de la Medicina y de la Filosofía españolas en el siglo XIX.

Los doctores Pedro Mata y J. M. Guardia, relevantes médicos con vocación concreta para la Filosofía, son estudiados en los capítulos ocho y nueve, pero como uno y otro, se advierte, no pueden ser debidamente explicados sin contar

con el influjo profesional o estimulante de la personalidad extraordinaria de Mateo Orfila, se dedican a éste unas preliminares referencias. Nace Orfila en Mahón el año 1787, cursa Medicina en Barcelona, y luego en París se gradúa de doctor con una tesis que produjo sorpresa en los medios científicos. Poco tiempo después, con la publicación de su «*Traité des poisons ou Toxicologie générale*», se le abren de par en par las puertas de la fama y del éxito. Catedrático de Medicina legal en Francia, escribe mucho sobre esta materia e interviene con brillantez, como perito judicial, en procesos ruidosos. A pesar de estas actividades en las que a la fuerza tenía que afrontar el problema de la responsabilidad criminal, de índole filosófico, Orfila no dió muestras de poseer el gusto puro de tal disciplina. El mundo que el padre de la Toxicología tenía prisa en recorrer, según consta en sus memorias, no era el abstracto, sino el de los hechos y de las cosas positivas.

Pedro Mata y Fontanet, célebre médico reusense, nace en el año 1811, y luego de terminada en Barcelona la carrera de Medicina, tuvo que emigrar debido a sus actividades periodísticas y revolucionarias, residiendo en Montpellier y más tarde en París, donde se relaciona con Orfila, quien le despierta por su vida excepcional, científica y de fausto, interés por la Medicina legal y pasión por la gloria y la teatralidad. Regresado a España, pronto se traslada a Madrid en cuya capital se abre paso rápidamente: catedrático en San Carlos, rector de la Universidad Central, diputado a Cortes, etc. En el orden doctrinal, dentro la ingente producción de Mata, selecciona y examina el Dr. Carreras los trabajos médico-filosóficos o estrictamente filosóficos, entre ellos: «*Tratado de Medicina y Cirugía legal*», su obra maestra, cuya orientación ideológica está expuesta a través del brioso prólogo escrito para la quinta edición, prólogo que viene a ser una profesión de fe de las convicciones del autor en orden a la filosofía y a la fisiología. «*Criterio médico-psicológico diferencial de la pasión y la locura*»: criterio que dejó bosquejado en nueve bases que significan una aportación muy esforzada a los estudios alienistas. «*Trilogía sobre la razón humana*»; investigación presentada en tres volúmenes: la razón humana en estado de salud, en sus estados intermedios y en estado de enfermedad. Es el trabajo más controvertido del ilustre reusense y el que a la vez le ha dado más fama de filósofo. Analizada la primera parte, como más significativa, se hace resaltar el rabioso antivitalismo de nuestro médico, su absorción de la Psicología dentro de la Fisiología, sus vacilaciones acerca la existencia del alma, una pretendida nueva clasificación de las facultades, no del alma, sino del hombre, y la «nueva y original» teoría de la razón. Con el siguiente juicio comprensivo se concluye el examen crítico de esta figura: Mata es una personalidad bizarra, que a pesar de sus múltiples defectos, despierta cierta admiración. Merece justamente un lugar en la Historia de la Filosofía patria.

A José Miguel Guardia, menorquín de origen, se dedica el largo capítulo nueve, tan rico en ahondadas indagaciones, que constituye en su conjunto una

excelente semblanza de este eximio médico-filósofo. Semblanza singularmente meritoria por cuanto sólo poniendo a contribución las más altas dotes de ponderado historiador podían trazarse con acierto los rasgos de esta compleja figura, que si inspira respeto por su condición de polígrafo, en la mejor acepción de la palabra, no predispone favorablemente su carácter apasionado que le arrastra a formular juicios molestos e injustos respecto a personas y movimientos intelectuales. Nace en Alayor en 1830 y en el Real Colegio de Montpellier cursa los estudios de Letras y luego la carrera de Medicina hasta el doctorado que alcanza después de leer la memoria titulada: «*Quelques questions de philosophie médicale*». Inmediatamente se traslada a París, en cuya Universidad consigue la borla de doctor en Letras, con la presentación de dos tesis: una en latín: «*De medicine ortu apud Graecos progressuque per philosophiam*», y otra en francés: «*Essai sur l'ouvrage de J. Huarte: Examen des aptitudes pour les sciences*». Memorias doctorales en las que el Dr. Carreras descubre el germen de cuatro directrices que animaron constantemente la copiosa producción de Guardia hasta su muerte, acaecida en París el año 1897. Directrices utilizadas en el presente capítulo para enfocar sistemáticamente esta personalidad desde cuatro aspectos: humanista, historiador de la Medicina en conexión con la Filosofía, tratadista de la Ciencia del hombre según bases médicas y filosóficas e impulsor de la cultura española. Guardia, humanista de superior calidad, publicó unas gramáticas latinas y griega, que adquirieron pronto merecido renombre. Como historiador de la Medicina, escribe variadas y extensas obras que, no obstante los defectos que presentan, le acreditan honrosamente como uno de los creadores de tal disciplina en la Francia del siglo XIX. Por lo que se refiere al tema del hombre, estrictamente filosófico, resume al respecto sus convicciones en el trabajo: «*Conversation entre un medecin et un philosophe sur la science de l'homme*». En él se exponen ideas tan plagadas de vacilaciones doctrinales, cuando no contradicciones, que para explicarlas se acoge el Dr. Carreras a la observación sagaz de que en Guardia conviven en realidad tres personas distintas de imposible conciliación: se encuentra en primer lugar al discípulo de Montpellier, bajo otro ángulo, es un hombre del siglo XVIII, que califica la Enciclopedia de «*Biblia de la civilización moderna*», y bajo otro todavía, se enorgullece de pertenecer a la valiente falange de los filósofos naturalistas y agradece a esta Filosofía «*el haberle enseñado a no especular en el vacío, apartándole del régimen debilitante de la Escolástica*». En orden a la cultura española, se le reconocen de buen grado iniciativas laudables, como las de traducir al francés algunas obras literarias del siglo de oro español, y publicar bajo el título genérico de «*Philosophes espagnols*» unas monografías sobre Sabuco, Gómez Pereira y Huarte, pero se le reprocha haya vertido en las mencionadas monografías apreciaciones del todo desacertadas sobre el estado y valor de la ciencia y la filosofía en España. Cabe, asimismo, reconocerle buena colaboración en el Renacimiento literario catalán, representada, sobre todo, por el hecho de que en 1889 publicara

vertido al francés, por primera vez, «Le songe» de Bernat Metge. El examen de este exuberante y esquinado autor se termina con la siguiente apreciación simpática: Guardia, nacionalizado francés desde joven, se sintió siempre menorquín, sentimiento vivo del terruño que puede explicarnos la sorpresa doctrinal de que siendo fervoroso enciclopedista, fuera también nuestro médico un devoto admirador de Ramón Lull, el filósofo místico de Mallorca; devoción docta de historiador de la filosofía que se manifiesta en puntos de vista certeros, reconocidos por la crítica de nuestros días.

El capítulo diez, que anteriormente hemos calificado de libro, tiene por objeto el estudio de Letamendi, figura singularísima que cierra representativamente la actividad médico-filosófica del siglo XIX en España. El autor se lamenta que, no obstante la unánime aceptación de que fué Letamendi un pensador original, no se haya, salvo algunos juicios esporádicos, intentado ninguna general exposición, crítica y objetiva, acerca de los orígenes, caracteres e influencia de su filosofía, ni tampoco parado mientes en el hecho significativo de que no escasas tesis de esta personalidad, tenidas por audaces y extravagantes en el momento de ser expuestas, hayan quedado incorporadas a la cultura filosófica, biológica y social de nuestro tiempo. Deficiencias del todo saldadas con la investigación que ahora el Dr. Carreras nos presenta; investigación completa, docta, ponderada y, además, sumamente grata por el dejo de afecto y entusiasmo que rezuma todo su desarrollo.

El estudio comprende un proemio, ocho apartados y un epílogo. En el proemio se da detallada referencia biográfica, porque en el presente caso, hombre y producción van íntimamente unidos, «Letamendi —se dijo con acierto— siempre es Letamendi». Nacido en Barcelona el año 1828, se forma intelectualmente, primero en el Seminario Conciliar y luego en la Universidad, donde sobresale, al cursar la carrera de Medicina, como alumno excepcional. Muy pronto, tras oposiciones brillantes, obtiene la cátedra de Anatomía, y ulteriormente, por concurso, la de Patología general de San Carlos de Madrid, donde transcurrieron los últimos años de su vida, 1878 a 1897.

En el apartado primero, dedicado a la formación filosófica de nuestro médico, se refiere que en la ciudad condal, poco después de obtener la cátedra de Anatomía, le fué despertada la vocación por esta disciplina, y, en este momento de desasosiego e insatisfacción interior por el cultivo exclusivista de las ciencias biológicas, tuvo la suerte de ser adoctrinado por un gran maestro, Javier Llorens y Barba, el «Sócrates catalán», cuyas huellas perduran a través de toda la producción filosófica letamendiana.

En el siguiente, de densísimo contenido, son estudiados tres trabajos de Letamendi, estrictamente filosóficos: «Elementos generales de Ciencia con aplicación al método en Medicina». «Intento agudo y singular de Doctrina general de la Ciencia, que rebosa en todo su desarrollo ideas felices y anticipaciones clarividentes». «Discurso sobre la naturaleza y origen del hombre». Investiga-

ción en la que su autor, gran erudito y polemista, pone a contribución sus vastos conocimientos en ciencias naturales, físico-químicas, matemáticas y también en filosofía para atacar, sobre todo, al Transformismo y al prepotente Positivismo, y reafirmar las peculiares posiciones de su doctrina. «Esbozo de una teoría general del trabajo». Original producción que contiene una teoría «inédita» sobre el juego y puntos de vista precursores de la actual corriente denominada Filosofía de la acción.

En el apartado tercero, a través de cincuenta páginas, se exponen seis cuestiones de Psicología, entresacadas de sus obras médicas «Patología» y «Cirugía», cuestiones sustanciosas de verdad, dado que nuestro médico fué siempre por temperamento y vocación un psicólogo en el pleno sentido de la palabra, «puedo ofrecer —dijo una vez— los cincuenta y cinco años que llevo de trato y muy íntimo, conmigo mismo». Su mera exposición cautiva en extremo al lector filósofo o psicólogo, que admira en todos ellos rasgos de gran agudeza y profundidad.

En el que sigue se comentan las producciones tituladas: «La gimnástica cristiana». Magno estudio que presenta un sistema completo de educación físico-moral, basado en la acomodación de la idea griega, en toda su plenitud, al sentimiento cristiano en toda su trascendencia. «Higiene dogmática». Dos series de artículos, rebosantes de conceptos sutiles y de gran hondura, en los que, con carácter de divulgación, se esboza una higiene general; y «La educación social» donde partiendo del principio de que no hay nadie que no valga para algo bueno, preconiza, adelantándose a su tiempo, el establecimiento de Institutos para el tanteo de las aptitudes de los jóvenes.

Se expone, en el quinto, la especial actitud de Letamendi frente a la Escuela Antropológica italiana, que rápidamente iba conquistando adeptos entre los médicos y aun entre los juristas. Actitud que, por su firmeza y solidez, le confiere derecho a ocupar lugar destacado en la Historia de la Criminología y de las doctrinas penales en España.

En los apartados sexto y séptimo se analizan unos fragmentos que llegó a redactar nuestro médico referentes a los temas «Antropología integral» e «Historia evolutiva de la Medicina», temas acariciados con intensidad durante el curso de su actividad científica, pero que no pudo desarrollar debido a achaques persistentes en los últimos años de su vida. En el titulado: «Antropología del genio como potencia clarividente, creadora y ejecutiva», nos presenta una robusta y original teoría del genio, que, a la vez, constituye la crítica más profunda y definitiva que se hizo en su tiempo de la célebre obra de Lombroso, sobre el mismo asunto.

Poeta, literato, humanista, dibujante, pintor y músico, sin dejar nunca de ser médico, formuló Letamendi un conjunto de doctrinas sobre Estética y Filosofía del Arte que se esbozan en este último apartado. Se utilizan para ello, entre otros, los trabajos: «Un comentario a Platón», «Arte de perorar en público sin

ser orador», «Escultores cuervos», «La aparición de Wagner». Monografías cortas, en las que a la vez resplandece la competencia y la originalidad del médico doblado de artista.

En el epílogo, unas páginas justas y fervorosas hacen minucioso balance de las aportaciones letamendianas a la cultura filosófica, biológica y antropológica, no sólo del siglo pasado, sino también del actual. Cosa factible esto último «porque Letamendi parece más un hombre de nuestro tiempo que no de aquél en que vivió; únicamente en nuestros días han podido ser comprendidas algunas de sus doctrinas más audaces, de sus paradojas, de sus «genialidades», como decían sus coetáneos». Y tan numerosas son las innovaciones que, por su calidad, han quedado vinculadas de modo definitivo al acervo científico de nuestros días, que en su conjunto vienen a integrar, como sillares valiosos, el monumento mejor y más honroso con que podía quedar exaltada la gran personalidad del médico barcelonés. Monumento perdurable y soberbio, erigido por la misma solidez y alcance de las doctrinas expuestas por aquella mente que se complacía en decir: «no he conocido ni aprendido cosa alguna por elementos sino por fundamentos». Letamendi está vivo, y a él se debe el nuevo clima en que se desenvuelve la espléndida actividad médico-filosófica española en la primera mitad del corriente siglo, dice en magnífico colofón el Dr. Carreras.

La obra prosigue con un «Complemento crítico-bibliográfico», destinado a registrar producciones de médicos-filósofos, no citados o examinados anteriormente. En este Complemento vienen citados con honor los gerundenses Josef Antonio Viader y José Ametller Viñas. Citación que quizás pudiera ampliarse con el nombre de Francisco Castellví Pallarés, 1812-1879, médico distinguido, catedrático de Filosofía en nuestro Instituto y autor de luminosos trabajos: «Memoria sobre el suicidio y libertad moral», «Escritos filosóficos sobre la observación y causalidad» y copiosa colaboración médica y filosófica en las revistas de su tiempo.

El Dr. Carreras, al terminar, nos revela que su libro ha surgido «tras unas largas, instructivas y placenteras horas de trabajo». A nosotros — y a todos habrá de acontecer lo mismo — nos han resultado también instructivas y placenteras las horas dedicadas a recorrer tan doctísimas páginas, pero no largas, por lo que vivamente anhelamos tenga, a no tardar, cumplimiento la aspiración del autor, al decirnos: «fué mi propósito inicial estudiar no sólo los médicos-filósofos españoles del siglo XIX, sino también los pertenecientes a la primera mitad del siglo actual, acerca de los cuales tengo un gran acopio de materiales; pero desistí de este segundo empeño, convencido de que, en realidad, se trata de una segunda jornada histórica que merece una publicación especial. No renuncio, pues, a escribir esta segunda parte, si Dios me conserva la vida, la salud y el buen humor». — P. B. S.

JOSÉ M. DE GARGANTA, O. P., *Una biografía inédita de D. Fray Juan Tomás de Rocabertí, arzobispo y virrey de Valencia*. «Anales del Centro de Cultura Valenciana» XIII (1952) 322-342.

El manuscrito núm. 148 de la Biblioteca de la Universidad de Valencia se debe a la docta pluma de Fr. Jose Agramunt (Valencia 1657-1732) de la meritisima orden de Predicadores. Constaba la obra de tres volúmenes, de los cuales se ha perdido uno. La biografía de que aquí se hace mérito ocupa las 612 páginas del segundo. El biografiado, un ilustre personaje, ampurdanés de Peralada, nacido en 1627 y fallecido en 1699, datos suficientes para agradecer al P. Garganta esta nueva aportación relativa a un gerundense trasplantado a Valencia, como igualmente lo fueron los célebres Eiximenis y Pedro Compte.

En su estudio, el P. Garganta, analiza el manuscrito, nos da el índice —32 capítulos— de la vida del Sr. de Rocabertí, hace unas consideraciones sobre el autor y el carácter de su obra, que respira el ambiente del siglo XVII, para deducir su estilo, que es panegirístico, y su ideología en todo conforme a la época, con sus viejas ideas y sus viejas instituciones. Con todo, el libro ofrece interés singularmente en lo que atañe a la vida privada del P. Rocabertí, apartado en el que el P. Garganta espiga numerosas facetas y datos de la personalidad del biografiado, a través de los varios cargos que desempeñó: catedrático de la Universidad de Valencia, provincial de la provincia dominicana de Aragón, maestro general de la orden de Predicadores, arzobispo de Valencia, dos veces virrey del reino de Valencia e inquisidor general, sin excluir la posición política y las circunstancias del tiempo del biógrafo y del biografiado.

Por lo expuesto se aprecia el interés del trabajo de que sucintamente damos cuenta y por el cual el P. Garganta, miembro destacado de la Delegación del Consejo en Valencia y por otra parte bien conocido de los lectores de nuestros ANALES, es merecedor de los plácemes y gratitud de valencianos y gerundenses. — L. B. P.

SANTIAGO SOBREQÜES VIDAL, *Sobre el ideal de cruzada en Alfonso V de Aragón*. Separata de «Hispania» 47 (Madrid 1952) 232-52. Instituto Jerónimo Zurita de C. S. de I. C.

Consolidada la hegemonía de Alfonso V en Italia era llegado el momento de seguir las directrices políticas legadas por sus antecesores catalanes y napolitanos respecto el ideal imperialista mediterráneo reemplazado por un ideal de cruzada a raíz de la caída de Constantinopla por el poderío osmanli (1453).

A iniciativa del rey, decidióse por fin, el papa Nicolás V a publicar la bula de 30 de septiembre para recuperar la perdida ciudad y fué entonces cuando el jefe indiscutible de la cruzada —el Magnánimo— dirigió al Gran Can Mohamet una carta de desafío conminándole para que en el plazo de tres años abandonase la ciudad so pena de experimentar el rigor de su poder antes de finalizar di-

cho plazo (30 de septiembre de 1453). Aquí radica el mérito de esta nueva aportación del autor, haber descubierto —en una de estas sorpresas con que sale premiada una sostenida y paciente investigación— en el Archivo Municipal gerundense, la carta de desafío traída de Italia, junto con la bula, por un mensajero de la ciudad y copiada con feliz acuerdo en el registro municipal correspondiente a dicho año, documento que se acompaña de facsímil fotográfico. La empresa fracasó por varias y múltiples causas no siendo la menor el fallecimiento del rey ocurrido en 1458.

Digamos finalmente que el trabajo de que se hace mérito publica otro documento del meritado Archivo, el establecimiento de la festividad de San Jorge en Cataluña y su advocación en la lucha contra el turco, festividad que se empezó a guardar en Gerona el 23 de abril de 1456. — L. B. P.

SANTIAGO SOBREQUÈS VIDAL, *Algo sobre el origen de Pedro Margarit*. Separata de «Revista de Indias» año XII (Madrid 1952) núm. 48, 14 pp.

En este interesante folleto trata el autor, con el modesto «algo» con que encabeza el título, de indagar noticias fidedignas sobre el origen de Pedro Margarit, compañero de Colón en su segundo viaje y uno de los jefes de más relieve de la expedición.

Desde Serrano y Sanz en 1918, nadie ha aportado nuevas noticias a la biografía del personaje y a Sobrequès se deberá el descubrimiento de los nuevos y la rectificación de bastantes de los conocidos. Pedro Margarit nació en el castillo que dió nombre al municipio agrícola de Castell de Ampurdá, no perteneció a la rama principal de los Margarit, y del célebre cardenal fué sólo un pariente lejano, incluso el apellido Margarit no era el primero, ya que se llamaba Pedro Bertrán y Margarit.

Bernardo Margarit *el Viejo* devino señor jurisdiccional de Castell de Ampurdá al casarse con la heredera de este feudo. Su única hija, Constanza, casó sobre 1455 con Juan Bertrán, vástago de una ilustre familia de marinos barceloneses y de este matrimonio nacieron Pedro y una hija, que casó con Jaime Luis Miquel señor de Palau Sator. Por el matrimonio se convirtió en heredero de los Margarit y así se explica que Pedro usara en primer lugar el apellido materno. Lástima que la separata carezca de árbol genealógico de los Margarit en el siglo XV, que cita varias veces el autor y que resultaría de tanta utilidad. En ambas familias encontramos antepasados marinos que justifican el aprecio por las cosas de mar en el hijo Pedro, y en las vicisitudes de la guerra civil catalana encontramos a Juan Bertrán primero enemigo de los realistas y seguidamente del bando del obispo, participando de las mercedes con que la dinastía le distinguió y así, Pedro B. Margarit pasó a la Corte como *alumnus* o criado del príncipe D. Fernando.

Pedro B. Margarit sirvió en Zaragoza como paje del duque de Villahermosa, en 1478 pasó al servicio del rey Fernando adscrito como *continuo*, cargo que

efectivamente tenía en 1485 hasta 30 de abril de 1492 y sabemos que tomó parte en la guerra contra Granada. En 30 de octubre de 1490 era alguacil de la Inquisición en Zaragoza donde aparece casado con D.^a María Carrillo, dama de la reina Isabel. Después de la guerra de Granada se le encuentra de nuevo en Zaragoza constando que era caballero de Santiago. A fines del citado año desaparece de la capital de Aragón después de vender tres casas y una tienda en Barbastro. Probablemente, supone el autor, volvió a la Corte que se hallaba en Barcelona y en esta ciudad se encontraría cuando la llegada de Colón en la primavera de 1493. La decisión y las primeras medidas preparatorias del segundo viaje colombiano fueron adoptadas desde Barcelona y D. Fernando ocupado con los asuntos del Principado invistió del mando militar de la expedición a un hombre de su total confianza: Pedro B. Margarit. Parece que debía regresar a España con Juan de Torres pero que luego resolvió permanecer en la Española de acuerdo con Colón. Después de su regreso poco más se sabe de Pedro B. Margarit.

Tal es a grandes trazos el trabajo realizado por Sobrequés: primero rectificación de noticias aportadas por Serrano y Sanz, segundo proporcionar nuevos datos sobre el personaje como fruto de la investigación realizada en los archivos gerundenses y en tercer lugar ensamblaje de estos datos con los ya conocidos, mejorando, en suma, ya que no finalizando la biografía de Pedro Margarit, en verdad digno de un estudio biográfico de más amplitud. — L. B. P.

JOSEP PLA, *Girona. Un llibre de records*. Editorial Selecta (Barcelona 1952)

Este libro, que contiene grandes aciertos, es una interpretación de Gerona inadmisibles —según he podido comprobar— para muchos gerundenses, que ven en algunas de sus páginas una ofensa a la histórica ciudad.

Gerona, como Toledo, como Coimbra, como Brujas, son ciudades cargadas de Historia, a las que años atrás, por una reminiscencia del espíritu romántico, se les aplicaba el epíteto sugestivo pero impropio de «ciudades muertas»; porque se daba por supuesto que en ellas el curso de la Historia se había detenido. Nada más inexacto. Lo que ocurre es que el espíritu de las aludidas ciudades es muy vivo, muy concentrado, y por lo mismo muy susceptible. Y se necesita una especial disposición de ánimo para saber captar ese espíritu en toda su integridad, o por lo menos para no falsearlo. Respeto, comprensión, delicadeza y una cierta ternura contagiada, que no es precisamente indulgencia, son condiciones indispensables en el que ose acometer aquella ardua tarea a la vez psicológica y literaria.

Por lo que se refiere particularmente a Gerona, hay que tener presente que en la ciudad del culto entrañable y popular a San Narciso, ha habido una larga tradición estudiosa y a la vez sentimental, no extinguida, que es como el culto vigilante al espíritu de la ciudad. El Museo, valioso y de sentido eminentemente gerundense, iniciado por los hombres de la *Revista de Gerona*, la «gent del

ferro vell», como los apellidaba, con gran plasticidad, la gente no docta; la *Asociación literaria de Gerona*, cuyos certámenes anuales tanto nos encantaban en nuestra juventud, con su sucedáneo, los *Jocs Florals* de Gerona, que vinieron a ser, por calificación unánime de los poetas, los *Jocs Florals tardorals de Catalunya*, y, en fin, la fundación del *Instituto de Estudios Gerundenses*, con sus ocho años de existencia, traducidos en sendos volúmenes de investigación histórica y de otros órdenes, todo eso revela, en conclusión, un hecho palmario, a saber: que el espíritu de Gerona pervive con intensidad, sentimentalmente en todos los gerundenses, pero en algunos, los estudiosos, con plena conciencia de que ese espíritu es algo real y eficiente, y que por lo mismo merece no sólo ser respetado, sino paciente y amorosamente descifrado.

José Pla, hombre inteligente y agudo, gran narrador de «cosas vistas», que no es hijo de Gerona sino de una población del Bajo Ampurdán, en el prefacio de su *Girona*, cuyo manuscrito atribuye a un condiscípulo imaginario, somete la obra a una especie de autocrítica. Seguramente dióse cuenta de que hay embuchado en ella algo detonante e inaceptable, producto invencible de su peculiar temperamento. Alaba el estilo viviente del libro. «Amb tot, es gairebé inútil que digui que no comparteixo una gran quantitat d'afirmacions i de remarques que conté aquest llibre». Exacto. Y añade: «l'anàlisi d'aquestes discrepàncies, tan naturals, seria massa llarga i fatigosa, perquè hom la intenti ací». Ya es hora de que alguien haga este análisis.

Hay en la *Girona* de Pla dos partes mentalmente separables y aun antagónicas. Una es la Gerona de las piedras, de los soportales, de las calles empinadas o tortuosas, de los callejones inverosímiles, de los empedrados primitivos y puntiagudos, de los jardines románticos, de los grandes monumentos: la Catedral, San Félix, San Pedro de Galligans. Todo eso ha sido descrito maravillosamente. La visión que el autor nos da de la Catedral, con sus interpretaciones ingeniosas, es un momento culminante del libro. Agudas son también sus observaciones sobre el ambiente físico de la ciudad: el paisaje llano o montañoso circundante, la luz, captada en los diversos momentos del día, y los reflejos del Oñar, la vía fluvial divisoria de barrios distintos, característicos e inconfundibles, a una y otra parte del río. Una página antológica es la descripción vivaz, radiante, policroma, del mercado semanal, cuando este mercado tenía lugar todavía en la antigua *Plaça de les Cols* (con sus incomparables *voltes*), denominada oficialmente, la Rambla. Pla ha puesto en esta primera parte un amor acendrado, servido a veces por la erudición, no siempre del todo exacta.

Otra cosa es, y paso a la segunda parte, el conocimiento y el trato de la gente. Pla —sigo la referencia del libro— se trasladó a Gerona para cursar el bachillerato, con el bagaje de su personal psicología: *l'arruixament* del más típico ejemplar ampurdanés, con su adolescencia atormentada, una tendencia innata a la rebeldía y a la indisciplina y una absoluta inapetencia escolar. Ingresó, como alumno interno, en un colegio de religiosos, donde se sintió siempre

enjaulado. Con tan malas disposiciones, el lector perspicaz y de gusto depurado, se explica fácilmente, aun doliéndole, la inserción en la obra que analizamos, de las morbosas páginas dedicadas a narrar las conversaciones entre febriles adolescentes del colegio, con la pretensión de que vienen a ser estas conversaciones algo así como la historia clandestina, inconfesable, de las clases altas o ilustradas de aquella Gerona, al fin para ir a parar a esta insólita declaración: «Tot això semblava, des d'aquelles altures enreixades del col·legi, molt important. En realitat, eren pures nicieses, fatxenderies, superfluïtats».

No menos inaceptable es la presentación del grupo de profesores que integraban el Instituto de Segunda Enseñanza de Gerona, que en aquel entonces, si los había pintorescos, como en todas partes, otros eran eminentes y ejemplares. El humorismo temperamental —más fisiológico y verbal que psicológico— del Pla escritor, ha deformado a todos aquellos profesores, convirtiéndoles en guiñapos o figuras caricaturescas, para divertimento insano del lector. Maltratada resulta la noble y patriarcal figura de D. Jaime Sagrera y Pijoan, profesor doctísimo de latín, el hombre de las barbas proféticas, gran conversador, psicólogo y humorista, organizador, con celo apostólico, de la beneficencia extraoficial, considerado justamente en Gerona como un ornato de la ciudad. A la distracción escolar de Pla adolescente le pasó también por alto el valor científico de dos ilustres profesores de aquel Instituto. Uno era D. Narciso Xifra y Masmitjá, catedrático de Matemáticas, un gran señor, ingeniero industrial, autor y ejecutor del proyecto de iluminación eléctrica de Gerona, la primera ciudad de España que disfrutó de este servicio público. Hizo pruebas del teléfono entre Barcelona y Gerona cuando no se había instalado aun en España ninguna red telefónica. Era el otro profesor, ni siquiera citado, D. Manuel Cazurro, docto y ameno catedrático de Historia Natural, Doctor en Derecho por añadidura, coleccionista, hombre curioso en todos sentidos, a quien tanto deben las excavaciones de Ampurias y la Arqueología y la Prehistoria gerundenses.

Me creo con derecho y con cierta autoridad para enjuiciar severamente, en este punto, el libro de Pla, por dos razones: la primera, porque conocí y traté a muchos de aquellos profesores; la segunda —no sé si es discreto decirlo—, porque durante la guerra, escondido y perseguido, para consolarme y no perder la serenidad, me lancé a la empresa íntima de escribir (formando la primera parte de mis Memorias escolares y universitarias, no terminadas todavía) sobre «La meva Girona». En estas páginas traducí directamente mis tiernos recuerdos infantiles y de adolescente sobre las cosas y los hombres de Gerona, entre éstos, todos mis maestros, a partir de los que me enseñaron las primeras letras.

Aludí al principio a Brujas cuyo recuerdo personal va íntimamente ligado a mi Gerona. En el año 1920, después de terminada la primera guerra mundial, hice con mi esposa un largo viaje de turismo, y uno de los momentos culminantes del itinerario trazado era la visita a Brujas, por dos motivos sentimentales. Uno, conocer *de visu* la ciudad adoptiva de nuestro Juan Luis Vives, el gran fi-

lósofo y humanista valenciano. El otro motivo era vivir, durante unos días, el ambiente espiritual de aquella célebre ciudad, cuya atracción era muy divulgada entonces gracias al libro de un poeta y novelista belga, establecido en París. Aludo a *Bruges la Morte* de Georges Rodenbach, que yo conocía por referencias del profesor Bonilla y San Martín.

Llegados a Brujas, mi primera diligencia fué solicitar dicho libro en la primera librería que tuve a mano. La respuesta seca y lapidaria del librero me dejó sorprendido: «No tenemos este libro». Recurrí a las demás librerías, y como si fuese una consigna, en todas se me dió la misma respuesta y en el mismo tono. Contrariado, me acerqué nuevamente a uno de aquellos librereros, significándole mi extrañeza por no poder obtener en Brujas un libro que tanto había difundido la fama de esta ciudad. Entonces el librero me dijo, en tono confidencial, que *Bruges la Morte* era un libro despreciado por los brujenses, y que no lo encontraría en ninguna librería; pero al ver mi gran interés, me indicó una librería de viejo, donde pude adquirir al fin el libro de Rodenbach: un ejemplar de la reedición de París, 1911, de la casa Flammarion, pues la primera edición es de 1896. Leído el libro, me di cuenta en seguida del motivo del profundo disgusto de los brujenses. *Bruges la Morte* es una novela de argumento simplicísimo. Tomando como escenario la mística ciudad de la *Saint-Sang*, de los carillones, del *Béguinage* y de los canales de ensueño, se intercala una aventura amorosa, romántica en sus comienzos, pero que toma luego aspectos libidinosos, porque ella, la coprotagonista, resulta ser, a la postre, una mujer cualquiera.

La paradoja del caso de Brujas se repite ahora con el caso de Gerona. José Pla, difundidor convencido de la fama de Gerona, «la ciudad más desconocida de España» (*Un señor de Barcelona*), a partir de su nuevo libro *Gerona* pasa a ser el gran vocero de «Gerona-Atracción» para el turismo intelectual desprevenido; pero, por otro lado, los buenos gerundenses —como los buenos brujenses—, silenciosamente recogidos en la vieja y tierna ciudad de sus amores, nada quieren saber de la *Gerona* del gran escritor ampurdanés y admirado amigo. — T. C. y A.

JOSÉ M.^a MILLÁS VALLICROSA Y LUIS BATLLE Y PRATS, *Un alboroto contra el Call de Gerona en el año 1331*, en «Sefarad» (1952), págs. 297-335

La cargada atmósfera de antisemitismo existente entre ciertos sectores de la sociedad cristiana durante el siglo XIV, que había de estallar con toda su violencia en los tristes sucesos de 1391; podujo, a lo largo de la centuria, una serie de atentados en tono menor, como este del año 1331, ocurrido en la ciudad de Gerona reinando Alfonso IV el Benigno, que nos la dan a conocer nuestros veteranos especialistas en cuestiones hebraicas José M.^a Millás Vallicrosa y Luis Batlle y Prats. La causa judicial que mandó instruir el soberano, cuyas providencias y deposiciones testificales quedaron apuntadas en un cuaderno, hasta, la fecha ignorado, que se guardaba en el Archivo Diocesano de Gerona, permi-

ten a los autores reconstruir el suceso en todos sus detalles, incluso los más íntimos, como las frases y denuestos (de rancio sabor y de interés para el estudio de la lingüística) que intercambiaron agresores y defensores de los amenazados judíos. Sin duda pocos sucesos de análoga naturaleza serán conocidos de una manera tan cabal como éste cuya noticia aportan los documentos publicados por los doctores Millás y Batlle. Tales documentos, ocupando 24 páginas precedidas de atinados e interesantes comentarios, comprenden un total de 32 declaraciones de testigos todos ellos protagonistas directos del alboroto.

Y bien, el resultado vale la pena. Porque el atentado de 1331 ofrece la tipología completa y exhaustiva de tales acontecimientos, cuyas notas características podemos sintetizar así: 1.º Los incidentes se producían especialmente durante la Semana Santa. 2.º Tenían como marco geográfico las proximidades del Call, es decir, sus portales de acceso (en el caso concreto de Gerona, la situación geográfica de la aljama, junto a la Seo y en pleno barrio eclesiástico, los hacía más frecuentes y violentos). 3.º Eran dirigidos por una minoría clerical fanática y muy bien pagada de sus fueros y preeminencias (aquí personificada por el violento canónigo Vidal de Vilanova y sus adláteres). 4.º Eran perpetrados por servidores, escuderos y testaferreros del clero dirigente, por regla general personal de baja extracción social, y por niños y mozalbetes (aquí de 10 a 18 años) en su mayoría estudiantes y tonsurados, aunque sin faltar (como en el caso de los niños que, atizados por un juglar, apedrean, unos días antes, un entierro judaico) los simples «chiquillos de la calle». 5.º Inhibición y aun censura, velada tras una actitud apaciguadora, de los elementos responsables del clero (como, aquí, el eminente canónigo Jasperto Folcrá o el Abad de San Félix que detiene el brazo agresor del energúmeno Vidal de Vilanova cuando va a agredir con un puñal a un oficial de la bailía). 6.º Decidida intervención de los oficiales reales (el Bayle, el Veguer) y de los jurados en defensa de los judíos, hasta el punto de que, en el caso concreto de 1331, más que contra los hebreos, la agresión fué contra los oficiales regios que tuvieron dos o tres heridos, uno de ellos grave. 7.º Actitud prudente de estas fuerzas de seguridad pública ante la calidad de los agresores. 8.º Interés por parte del monarca de hacer rápida justicia, pero dificultada por la condición eclesiástica de los autores y por su influencia personal, tendiendo hacia la impunidad. 9.º Actitud pasiva de los judíos. 10. Inhibición de las masas urbanas laicas (sin embargo, cuando éstas sean arrastradas, en sus capas inferiores y con la colaboración de los payeses foráneos el movimiento no podrá ser detenido y se llegará a las matanzas de 1391). 11. Falta de verdadero motivo que justificara la agresión (ya que el manifestado por algunos de los agresores, es decir, que no se cumplían las ordenanzas sobre aislamiento de los judíos y que se veía a éstos circular por la población, queda desvirtuado por la reiterada y espontánea interpelación del Bayle a los atacantes: «O, senyors, per que's fa açó» —«Y esto, señores, ¿por qué?—, a lo que los interpelados no encontraron otra respuesta que apedrear a la fuerza pública pro-

duciéndole dos heridos). En las palabras llenas de odio de Vidal de Vilanova cuando, penetrando puñal en mano, en una residencia eclesiástica donde se habían resguardado los oficiales del Bayle, exclama: «¿Qué haces aquí, perro, hijo de perro. Ya llegará el día en que tanto vosotros como ellos (los judíos), recibiréis tantas cuchilladas que será para vosotros un mal día», o bien cuando contestando al oficial de la veguería R. Gil que le ha preguntado con sorna si no haría mejor dedicándose a otras tareas, responde: «Yo ruego a Dios, bachiller, que hoy te mueras», se ve bien claro que no existía otra causa del intento de incendiar los portales del Call, que el fanatismo y el odio de una minoría junto con un exacerbado y desviado orgullo de clase tan corriente entre el clero medieval.

Este es el interés del artículo de J. M.^a Millás y L. Batlle y Prats. Nos da a conocer un episodio *típico* del antisemitismo medieval, uno más, si se quiere, entre la larga serie de acontecimientos de naturaleza análoga, pero que la circunstancia preciosa de sernos referido con todos sus pormenores y la calidad de las circunstancias que en él concurren, viene a convertirse en una pieza inapreciable para el estudio de las relaciones entre los diversos sectores constitutivos de la sociedad catalana bajomedieval. -- S. S. V.

LUIS PERICOT Y GARCÍA, *La labor de la Comisaría Provincial de Excavaciones Arqueológicas de Gerona, durante los años 1942 a 1948*. Introducción por el Dr. D. Julio Martínez Santa-Olalla. (Madrid 1952).

Formando el volumen núm. 27 de la serie de publicaciones *Informes y Memorias*, de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, ha sido publicado el interesantísimo volumen que nos ocupa, en el cual el Dr. Luis Pericot, vicepresidente primero de nuestro Instituto, y sus colaboradores gerundenses, trazan brillantemente el proceso histórico de las excavaciones en la provincia de Gerona, a partir de los primeros trabajos de los Sres. Alsius y Balmaña, al comenzar el último cuarto del siglo anterior, hasta las realizadas en 1948.

Aparecen en esta publicación detalladas descripciones de los trabajos realizados en cada una de las estaciones de esta provincia, comenzando por las de la cueva «Reclau Viver», de Serinyá, cuidadosamente excavada por el Dr. D. José M.^a Corominas, comisario local de excavaciones en Bañolas.

Se describen luego los trabajos y hallazgos realizados en la cueva de «Can Simón», situada en las cercanías de Puente Mayor de Gerona, dada a conocer por D. Isidro Macau y excavada por D. Miguel Oliva y D. Francisco Riuró y se mencionan también hallazgos esporádicos de materiales prehistóricos en Pujarnol, Esponellá, Llorá, El Pasteral, San Julián de Ramis («Can Sant Vicens»), Cadaqués, montaña de Montjuich (sobre Pedret); se señala también la exploración de dos dólmenes en La Junquera y Cantallops; el descubrimiento del dolmen en estado ruinoso del Mas Baleta 2 (en La Junquera), y de pequeñas cistas dolméticas en San Climent de Peralta y Cerviá de Ter.

Se trata igualmente de los yacimientos de la época ibérica e ibero-romana, habiendo sido especialmente importantes, en tales excavaciones, los resultados obtenidos en el poblado de La Creuheta, en el de San Julián de Ramis, en el castillo de Bagur, en la punta de Castell (Palamós), en Bañolas y en el poblado de Ullastret.

También se ocupa esta publicación de las excavaciones llevadas a cabo en el interior de la ex-ciudadela de Rosas, cuyos trabajos realizaron los Sres. Oliva y Dr. Palol, hallando una necrópolis con interesantes enterramientos en ánfora, otros tallados y algunos en cajas de piedra y sarcófagos de arenisca.

Se reseñan asimismo los trabajos realizados en el poblado o «castell» de Porqueras (cuyos trabajos iniciales realizó el benemérito Centro de Estudios Comarcales de Bañolas) y otros trabajos llevados a cabo en el poblado de Plana Basarda (San Feliu de Guixols); en Lloret de Mar (poblados prerromanos del «Turó Rodó» y del «Puig de Castellet») que proporcionaron abundante material y que prometen aun mayores hallazgos; en Riudellots de la Creu, La Mota y Palol de Rebardit han sido señaladas nuevas estaciones romanas; el Dr. Palol descubrió y realizó las primeras excavaciones en una villa romana cercana a Rosas.

Importancia especial han ofrecido también las excavaciones llevadas a cabo en el castro hispano-visigodo de «Puig-Rom» (en los alrededores de Rosas), llevadas a cabo por el Dr. Pedro de Palol y que han proporcionado un interesantísimo y muy valioso material en hierro, cerámica y bronce; estos últimos objetos resultan los más interesantes, y dan especial valor a esta estación.

La publicación que nos ocupa viene avalorada por 55 láminas en las que se reproducen, de fotografías, vistas de conjunto y de detalle de las excavaciones, y los más interesantes hallazgos realizados en ellas; muestras de cerámica, instrumentos de hierro y momentos del proceso de aquellas excavaciones. Además, ilustrando las páginas del texto, figuran numerosos grabados a la línea, de gran precisión y claridad.

Se trata, pues, de una publicación que representa un valioso y detallado inventario de todo lo excavado en esta provincia durante el periodo de 1942 a 1948. Es de agradecer al Dr. Pericot y a sus colaboradores los preciosos detalles que en sus respectivos trabajos aportan para el estudio de las excavaciones prehistóricas en nuestra provincia, y es también de agradecer singularmente al ilustre Dr. D. Julio Martínez Santa-Olalla, Comisario General de Excavaciones Arqueológicas, y que prologa este trabajo, el destacado servicio que con dicha publicación presta a la provincia de Gerona, contribuyendo con ello a dar la debida importancia a lo que estas comarcas representan en los estudios prehistóricos realizados en España, y a que sea conocido de los estudiosos de todo el mundo el notable y valioso tesoro que de los restos de aquellos remotos tiempos, viene ofreciendo el subsuelo de muchos lugares de la provincia de Gerona. — J. PLA C.

JOSÉ M. GIRONELLA, *Los cipreses creen en Dios*. Editorial Planeta (Barcelona 1953).

José M.^a Gironella, en una rapidísima carrera, se ha colocado en primera fila entre los jóvenes novelistas españoles contemporáneos.

Para todos cuantos le conocíamos y sabíamos de sus inquietudes literarias, la concesión del Premio Nadal en 1946 otorgado a su novela *Un hombre*, fué el justo reconocimiento y la consagración de un valor que se presentía, pero que no había sentido aun el espaldarazo que representa el ganar, en buena lid, un galardón de la categoría y del prestigio que se asigna al Premio Nadal.

Para Gironella, no fué la obtención de aquel premio un alto en su camino, ni motivo de un plácido descanso, sino que le sirvió de acicate para nuevas empresas; y en 1949 publicó en la Revista de Occidente, de Madrid, su novela «La Marea» que a poco mereció ser traducida al francés.

Pero el gran salto lo ha dado José M.^a Gironella con la publicación de su novela *Los cipreses creen en Dios*. Para un hombre joven y aun no excesivamente bregado en las lides literarias, la publicación de una obra de las amplias ambiciones de la que nos ocupa ofrecía serio peligro. Se trata de una novela representativa de una tempestuosa época española, y no era empresa fácil lograr que la obra, aunque conservando el carácter localista que tiene, llegara a constituir a manera de un símbolo nacional. Además, resulta relativamente hacedero mover con fortuna los pocos personajes de una novela con trama, pero se requieren grandes condiciones de novelista para hacer surgir a la palestra cerca de un centenar de personajes y mantener el interés del lector por todos ellos, a lo largo de cerca de un millar de páginas que contiene esta novela. Y este excelente resultado, que José M.^a Gironella ha logrado cumplidamente, es para nosotros la prueba más palpable de que este autor posee un fuerte temperamento de escritor, un positivo fondo de psicólogo y un admirable acierto en saber dar a sus personajes, carácter destacado y fuerte personalidad.

En *Los cipreses creen en Dios* hay, a nuestro modesto parecer, muchos personajes trazados con mano maestra. Entre ellos, y como más destacados, citaríamos a todos los que constituyen la familia Alvear, alrededor de la cual se centra la novela: al padre, a la madre, Carmen Elgazu, a los hijos, especialmente Ignacio y su hermana; al sacerdote Mosén Alberto; al inspector de policía Julio García; al sobrino de los Alvear; a David y Olga, y a los tipos finamente observados del Responsable y el Cojo. Y aun entre los que podríamos considerar personajes secundarios en la novela, los hay también dotados de acentuado relieve, por la fuerza y a la vez sobriedad con que el autor los presenta y los hace participar en la trama.

Este libro de Gironella nos muestra también otro aspecto de notorio interés: es la manera como describe y sabe evocar el paisaje y la vida gerundenses; sólo un fino observador y un hombre que haya penetrado muy hondo en el espíritu de la ciudad, es capaz de dar, en sus impresiones y descripciones sobre lugares

gerundenses, una imagen tan colorida y tan densa, como nos la da Gironella, de lo que es la ciudad y de la psicología de sus clases sociales.

Claro está que no todo el libro se mantiene con el ímpetu y la fuerza que ha sabido comunicar el autor a los pasajes más densos de su trama: tiene, naturalmente, a manera de pequeños baches, en que la narración languidece algo; pero es como si el autor los hubiese imaginado adrede, para reemprender seguidamente, y con renovado brío, su tónica sostenida, de narración de vigorosa fibra y de tenso desarrollo.

No nos extraña, pues, que esta novela de Gironella haya movido tanto interés en toda España, determinando que en escasamente dos años se hayan publicado cinco ediciones de la misma, caso realmente insólito en nuestro país, aun en la especialidad de la novela.

Es de esperar que José M.^a Gironella pueda ofrecer pronto, a la avidez con que son esperadas, las dos partes restantes de esta gran novela simbólica, cuyo primer volumen tan general aceptación ha logrado. Confiamos que en las dos partes anunciadas, conseguirá sostener Gironella el interés suscitado por la primera, y que habrán de merecer del público y de la crítica la misma acogida, cálida y elogiosa, que ha obtenido el escritor gerundense con *Los cipreses creen en Dios*. — J. PLA C.

TOMÁS NOGUER MUSQUERAS, PBRO., *Devoción de Gerona a la Sagrada Eucaristía*. Tirada aparte del «Boletín Oficial del Obispado de Gerona» (Gerona 1952), 14 págs.

El Dr. Tomás Noguer, a fin de cooperar al ambiente que se formó alrededor del Congreso Eucarístico de Barcelona, publicó el trabajo que lleva este título en el «Boletín Oficial Eclesiástico» de la diócesis del 15 de mayo de 1952, y lo publicó con el cariño que motivaba la efemérides doblado del que desde años había profesado a tema tan sugestivo.

El autor, experto en investigaciones históricas, ha reunido en estas páginas un breve y documentado historial de las principales manifestaciones de fervor eucarístico que en el tiempo han tenido por marco la S. I. Catedral y nuestra vieja ciudad: la fiesta del Corpus, cuya fundación se remonta al primer cuarto del siglo XIV; la rica custodia catedralicia; las antiguas representaciones litúrgicas en la procesión del Corpus; la Cofradía del Corpus y la Archicofradía de la «Minerva»; las solemnes Cuarenta Horas de la Semana Santa... formando en conjunto un cuadro impresionante en el que aparecen los trazos más destacados de la fisonomía espiritual de Gerona.

Este trabajo que en sí mismo ofrece ya marcado interés para quien desee conocer de un modo fidedigno y exhaustivo este aspecto de nuestra historia, resultó en aquella coyuntura una valiosa aportación a la tarea común de poner en relieve la profunda impronta que el Misterio Eucarístico, en el curso de los siglos, ha dejado en el alma de nuestro pueblo. — C. B. V., PBRO.

NARCISO DE LA SELVA Y GERIÓN, *Los Reyes Católicos. Biografías de D.^a Isabel de Castilla y de D. Fernando de Aragón*. Editorial Dalmáu Carles, Pla (Gerona-Madrid 1951).

Con esta obra de un centenar de páginas destinada a la juventud escolar, ha querido asociarse la meritoria Editorial gerundense Dalmáu Carles, Pla, al homenaje tributado por los medios intelectuales españoles a la memoria de los Reyes Católicos, con motivo del quinto centenario de su nacimiento. Pese a su limitado objetivo, el autor, que oculta modestamente su nombre tras un pseudónimo localista, demuestra estar al corriente de la bibliografía más reciente sobre el tema y no incide en muchos de los lugares comunes tan frecuentes en esta clase de obras. Si un reparo tuviésemos que hacer a dicha obra sería la demasiada extensión concedida a la biografía de D.^a Isabel, en forma que la del monarca — tan renovada ahora con las investigaciones históricas derivadas del centenario— queda siempre supeditada a la de su egregia esposa, pudiendo así inducir a creer que el autor sigue una tendencia histórica ya superada.

No puede merecer más que plácemes la contribución de la casa editora Dalmáu Carles, Pla, con esta obrita tan pulcramente editada, con láminas en papel estucado, al homenaje tributado a tan señeras figuras de nuestra historia como fueron D. Fernando de Aragón y D.^a Isabel de Castilla, fautores de la unidad peninsular. — S. S. V.

JAIME MARQUÉS CASANOVAS, Pbro., *El culto eucarístico y la paz en la historia de Gerona*. Extracto de las Sesiones de Estudio del XXXV Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona. II (Barcelona 1952) 478-85

Parte el autor de las doctrinas de Escoto el Erígena, Berenguer de Tours, Pedro de Bruys, los Albigenes, etc. que crearon inquietud y perturbación en muchas conciencias con lo que se hicieron más accesibles a la tentación. Así se explicarían las llamadas Santas Dudas respecto el milagro de la transustanciación, caso de San Daniel y de la catedral de Gerona, entre otros. A consecuencia de estos hechos o como reacción natural contra los errores indicados se nota a principios del siglo XIV en la ciudad, que la devoción eucarística se acrecienta, y así cabe consignar el hecho de que una de las razones que son aducidas para la construcción del nuevo presbiterio y altar mayor, es la de que los fieles no podían ver la hostia consagrada cuando su elevación en la santa misa; esta reforma motivó el nuevo testero con nueve capillas, una de las cuales, la del centro, se destinó al culto del Santísimo Sacramento y se llamó del Corpus, capilla que fué construída a expensas de los canónigos Berenguer de Palau (no de Palol) y Ramón de Vilarich, cuyos cuerpos descansan en la parte exterior, en un hermoso sepulcro, en el que por su inscripción (1316) consta que el canónigo Palau estableció que se celebrara la solemnidad del Corpus, y como dicho prebendado murió en 1314 lógicamente se sigue que la fiesta del Corpus ha de

ser anterior a dicha fecha, y así resulta que Gerona es probablemente la primera ciudad de España que celebró tal festividad.

Un acuerdo capitular de 30 de mayo de 1320 nos informa que ya tenía lugar en este año una procesión claustral en honor del Santísimo, en 1321 se ordenó, tocante a la procesión del Corpus, que se construyera una custodia expofesa para tal solemnidad, y un siglo más tarde se encargó al orfebre gerundense Francisco Artau la construcción de otra más rica y monumental, que es la que se utiliza en la actualidad y fué admirada en la exposición de custodias en el «finell» con motivo del meritado Congreso.

En el capítulo segundo se refiere el autor a las rivalidades o bandosidades suscitadas en el siglo xv entre varias familias nobles, que derivaron a perturbaciones del orden social y de la paz pública. Ocurrieron varios seísmos que se hicieron sentir especialmente en la población de Amer, dando lugar a un prodigio eucarístico que motivó un firme propósito de enmienda de los males públicos, influyendo, por su íntima relación con la Eucaristía, en la paz pública y social.

En el último capítulo se explica como llegado el siglo xvi la Eucaristía centraba las grandes manifestaciones religiosas gerundenses. En la capilla del Corpus de la Catedral se fundó a 7 de septiembre de 1524 la Cofradía del Corpus, que en 1556 fué agregada a la Archicofradía de la Minerva de Roma, Archicofradía que vive hoy su pleno resurgimiento. Por otra parte, desde 1586 por acuerdos entre el Cabildo y los Jurados, quedaron establecidas las solemnísimas Cuarenta Horas, que en la Catedral se celebran desde la tarde del Domingo de Ramos hasta el Martes Santo, función que en palabras del autor, viene a ser «un pequeño congreso eucarístico anual, en el cual no faltan las sesiones de estudio, puesto que los predicadores que se suceden continuamente en la sagrada cátedra, exponen los más variados aspectos del dogma eucarístico y desarrollan sus múltiples aplicaciones a las diversas actividades de la vida humana». Piadosa y secular práctica que no puede sino haber producido frutos de paz y caridad.

El trabajo fué presentado a las sesiones de estudio del XXXV Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Barcelona y publicado en las actas del mismo; a través de esta breve recensión el lector se habrá hecho cargo de que en pocas páginas se han recogido preciosos materiales, fruto de la labor investigadora del Dr. Marqués, lo que le ha permitido rectificar datos ya conocidos, constituyendo en conjunto una sucinta historia del culto eucarístico en Gerona muy estimable y merecedora de nuestra felicitación. — L. B. P.

TOMÁS NOGUER MUSQUERAS, PBRO., *Biografía del siervo de Dios M. Iltre. Dr. D. Joaquín Masmitjà y de Puig, canónigo arcipreste de la Catedral de Gerona y fundador del Instituto de las Hijas del Santísimo e Inmaculado Corazón de María.* (Gerona 1952) 465 págs.

Nuestro archivero diocesano no ha escrito una vida de santo, como esas que ocupan los estantes de nuestras librerías religiosas. El contenido del libro

responde al título: es una verdadera biografía. Y biografía escrita con la seriedad, con la técnica que exige el siglo XX. El libro será una fuente a la que tendrán que acudir necesariamente todos los que escriban sobre el Dr. Masmitjà.

Pero además será una obra que irá creciendo en valor a medida que pasen los años. Juntamente con la vida del biografiado las páginas escritas por el Dr. Noguera Musqueras han recogido la historia eclesiástica de Gerona en el siglo pasado. Por ello creemos un acierto la publicación del epistolario, que ocupa bastante más de la mitad del libro. Los investigadores encontrarán interesantes datos envueltos en la sencilla prosa de las cartas del Dr. Masmitjà.

Revisten un especial interés la descripción de la situación religiosa en nuestra tierra después de la invasión napoleónica, las intrusiones políticas de los sacerdotes de Olot, y la difícil posición de los religiosos exclaustros.

Un asunto que no resuelve el autor, y que tiene gran importancia es la cuestión sobre quién inspiró a quien la devoción al Inmaculado Corazón de María: el P. Claret al Dr. Masmitjà, o viceversa.

Varias páginas de la biografía se refieren a Librada Ferrerons, la santa y sencilla obrera de Olot, de la que fué director espiritual el Dr. Masmitjà.

Merece especial atención, por los conocimientos que supone, el trabajo original de D. Pelayo Negre: *Cuadro genealógico de la casa Puig de Vilahur* (páginas 109-112).

Al final del epistolario se recogen unos breves escritos del hombre de Dios y algunas gracias atribuidas a su intercesión.

Lo que el autor logra plenamente es presentarnos la simpática figura del Dr. Masmitjà, como la de un sacerdote ejemplar, bueno, prudente, caritativo, trabajador infatigable. Un hombre sin hechos extraordinarios, y que sin embargo llenó plenamente su misión de sacerdote. Casi sentimos que no se le conozcan más defectos. Sobre su posible excesiva creencia en las intervenciones diabólicas en la vida de las personas, léase el capítulo: *Comentario a algunas cartas del siervo de Dios sobre posibles posesiones u obsesiones diabólicas* (páginas 95 y siguientes).

El Dr. Noguera Musqueras ha escrito una obra científica —en algunas ocasiones hubiéramos preferido un poco más de diafanidad de estilo—, pero también ha hecho obra apostólica. Ha puesto al alcance del clero gerundense y español un modelo extraordinario de santidad sencilla. Por lo que como sacerdote le felicito y le agradezco su trabajo. — J. M.^a C. D., PBRO.

LAMBERTO FONT, PBRO., *Gerona. La Catedral y el Museo Diocesano*. Ed.

Carlomagno (Gerona 1952), 4.^o, 84 p. + 195 lám. + 48 p. de índice explicativo de las ilustraciones, con un plano de la catedral y anejos.

La Catedral de Gerona, primer monumento de nuestra ciudad y a la vez una de las construcciones más importantes para la historia de la arquitectura gótica en Europa, así como las construcciones anejas, sus imponderables al par

que magníficos tesoros, compuestos por algunas piezas indiscutiblemente únicas en el mundo y de trascendental valor para la historia del arte, acaban de ser tratados juntamente con las colecciones del Museo Diocesano, en la obra que sobre ello ha escrito con sencilla claridad y competencia, y con el cariño que hacia estos temas siente el autor de la misma, Rdo. D. Lamberto Font Gratacós, canónigo dignidad de Chantre de nuestra Catedral.

Resulta altamente satisfactorio poder ver reunido en un solo libro pulcramente editado con la dignidad que los monumentos y obras de arte merecen, el riquísimo conjunto que ofrece nuestra sede, que ha sido conocida con el sobrenombre de «Madre y Maestra de Ceremonias».

La obra comprende un estudio descriptivo, el repertorio iconográfico y al final un índice explicativo de las ilustraciones, más un plano de los edificios. Va dedicada, como es muy lógico, al Excmo. y Rdm. Sr. Obispo de Gerona, Dr. Cartañá, entusiasta promotor del Museo Diocesano por una parte, gracias a cuya munificencia fué realidad la creación del mismo, y mecenas en las instalaciones de otro Museo, a cual más extraordinario como es el que contiene el tesoro catedralicio, en las Salas Capitulares, y por otra parte al Cabildo de la propia catedral que las ha llevado a término.

Trata el precioso libro de la Catedral en primer lugar, desarrollando una visión muy completa del proceso constructivo de la misma, de sus vicisitudes e interesantes facetas que dieron ocasión a las portentosas polémicas motivadas por la continuación de la obra, y que culminan en el dictamen emitido en 1417 por Boffi, iniciador de la nave única, hecho que constituye el congreso de arquitectos quizá más grande tenido en la Europa medieval. En él triunfa Boffi y convierte a nuestra catedral en «un monumento único en la historia de la arquitectura gótica, y una de las creaciones más bellas de todos los tiempos» según palabras del Marqués de Lozoya.

Aporta el autor algunos datos nuevos al tratar de nuestra catedral, fruto de un paciente trabajo primero de recopilación de lo mucho que sobre ella se ha escrito, y luego de investigación sobre alguno de los puntos concernientes al monumento en cuestión.

Trata del altar mayor, de las capillas más importantes y de los sarcófagos que contienen los restos de altos personajes civiles y dignidades eclesiásticas, relacionados con nuestra sede gerundense.

Se refiere asimismo a la obra de la escalinata, de portentosa monumentalidad, tanto es así, que tentó a los franceses durante los años de ocupación de nuestra ciudad, a principios del pasado siglo, continuarla hasta llegar al pie del río Oñar.

A continuación se refiere a las Salas Capitulares y al tesoro catedralicio recientemente instalado en ellas, relacionando sala por sala las incomparables obras de arte que encierran, entre las cuales figuran piezas de indiscutible valor, y al propio tiempo algunos ejemplares únicos, de entre los cuales cabe des-

tacar el magnífico tapiz de la Creación que es la mejor pieza del Museo, y a la vez, dentro de su estilo, el más importante bordado que se conserva en el mundo.

Con párrafos breves y concisos se estudian las obras más sobresalientes y tan conocidas como la custodia del Corpus, las cruces, la arqueta árabe de Hixem II y la talla románica de la Virgen, ejemplar precioso y de muy buena cronología. El portapaz de Donatello, las esculturas atribuidas a Lorenzo Mercadante de Bretaña, procedentes del sepulcro del obispo Bernardo de Pau, la estatua de Carlomagno, el famoso códice del Beatus y las no menos interesantes Biblias, principalmente la llamada de Carlos V. El frontal o antependio del siglo XIII, bordado en sedas de colores que representan escenas de la vida de Jesús, últimamente valorado por Gómez-Moreno; las bulas sobre papiro del siglo IX, confirmación de las posesiones de nuestra catedral expedidas por los papas durante el episcopado de Servus Dei.

En un aparte se relacionan las obras y manuscritos existentes en la Biblioteca Capitular, guardándose la documentación más delicada en los armarios de la torre Cornelia.

Sigue la descripción del claustro de la catedral, uno de los que ostenta mayor riqueza escultórica de cuantos claustros románicos han llegado a nuestros días, obra igualmente capital en su estilo.

En el libro se tratan también las portadas de San Miguel y de los Apóstoles, anunciando el proyecto de nuestro Excmo. Sr. Obispo, Dr. Cartaña, que se propone acabar la obra hasta hoy inconclusa, lo cual sin ninguna clase de duda merecería la gratitud unánime de todos los gerundenses y de los amantes del arte, considerando que la obra se llevaría a cabo con las mayores garantías de fidelidad al plan previamente iniciado.

Se citan de paso la Fuente de Bernardo de Pau, construida en 1450 a expensas de aquel que fué gran obispo de esta sede, sita en la actual plaza de Lladoners, y de la que Schultz Ferencz dijo ser la fuente pública más notable de la Edad Media que él vió en España, hoy en vías de restauración. Y finalmente la Fuente de la Virgen de la Pera, restaurada a expensas del Excmo. Sr. Gobernador Civil D. Luis Mazo Mendo, a la cual le faltaría substituir los faroles provisionales, por otros más apropiados de hierro forjado.

La segunda parte del libro va destinada al Museo Diocesano, otra prueba patente del amor que hacia esas cosas siente nuestro Prelado, quien pasará a la posteridad como fundador del mismo.

Imposible sería recensionar todo cuanto en esta rica colección se trata en la obra, al estudiar aunque de manera breve las múltiples piezas que atesora el Museo cobijado en los magníficos salones de Casa Carles.

Destaquemos tan sólo por su importancia la sala románica cuyo conjunto recordamos hace años definió el profesor Gómez-Moreno, patriarca de la arqueología española, como la colección más completa de España. Efectivamente la sala románica del Museo Diocesano gerundense posee todos aquellos ele-

mentos que produjo el estilo en nuestras tierras. Escultura y pintura mural. Artes suntuarias, arquitas de plata y marfil, incensarios y entre otras piezas una notable colección de lipsanotecas entre ellas muchas de vidrio, que son piezas de gran interés.

Son descritas las demás salas, de entre las que destacan principalmente las dedicadas a Bernardo Martorell, presidida por el grandioso como magnífico retablo de Púbol, y la de Luis Borrassá, en la que sale el valioso retablo de Sant Miquel de Cruilles. En la misma dependencia está otro de los buenos retablos, el de Canapost, ahora atribuido a la escuela de Fouquet, que recientemente ha sido objeto de una cuidadosa y solvente restauración que lo ha salvado del riesgo que corría de perderse definitivamente.

Siguen describiéndose los demás fondos, pasando por la sala del pintor Matas, otro de los maestros de retablos, hasta llegar a las colecciones de época reciente. Al final se citan algunos objetos ampuritanos, entre los más importantes.

Es importante el repertorio iconográfico de la Catedral y del Museo Diocesano, que va al centro del libro, con excelentes fotografías. Al final sigue un índice explicativo de las ilustraciones donde son de apreciar algunos puntos de vista nuevos.

En resumen, se trata de una valiosa y nueva aportación al conocimiento tanto monumental como artístico de nuestra celebérrima catedral y de sus tesoros, así como de aquellos fondos que conserva el Museo Diocesano gerundense. — MIGUEL OLIVA PRAT.

MARTÍN ALMAGRO, *Las inscripciones ampuritanas griegas, ibéricas y latinas*. «Monografías Ampuritanas» II (Barcelona 1952). Publicado por el Departamento de Barcelona del Instituto «Rodrigo Caro» de Arqueología, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en 4.º mayor, 278 págs., con numerosos grabados.

Copiosa es ya la serie de trabajos de indudable erudición que viene dedicando el Dr. Almagro en los diversos aspectos que ofrece la que fué importante ciudad greco-romana de Ampurias. Constituyen todos ellos un valiosísimo fondo de publicaciones modernas de máxima actualidad, que nos dan a conocer la cultura alcanzada por los distintos moradores establecidos en el encantador paraje del golfo de Rosas, uno de los puntos más bellos de nuestro Mediterráneo.

A este conjunto de trabajos debemos agregar el reciente que sobre las inscripciones ampuritanas griegas, ibéricas y latinas acaba de aparecer en la serie en curso de publicación, titulada «Monografías Ampuritanas» con el número II. (Véase para «Monografías Ampuritanas» I, nuestra reseña en ANALES VI, página 376).

Forma este libro un verdadero *corpus* exhaustivo de las inscripciones y va dedicado a la memoria del gran arqueólogo D. José Ferrandis Torres.

En este importante y valioso trabajo se recogen tanto aquellas inscripciones ya publicadas, a las que se rectifican errores y se suma la bibliografía completa sobre las mismas, como aquellas que permanecían aun inéditas, y las que han aparecido en la intensificación de las recientes excavaciones llevadas a cabo por el autor.

El estudio de los epígrafes ha sido hecho lo más metódico posible, dando la transcripción exacta de la inscripción primero, al que sigue el desarrollo de las siglas, completando, si cabe, las palabras que faltan, o que han sido perdidas por deterioro de la pieza. Por último va la traducción, con fotografías o dibujos del documento.

A la introducción sigue un capítulo dedicado a la bibliografía epigráfica ampuritana donde se hace referencia a los trabajos que se llevan escritos sobre la cuestión, comentando las obras ya clásicas de nuestra epigrafía, algunas raras por tratarse de trabajos de eruditos que ya arrancan del siglo XVI. Al final del capítulo se hace mención de los colaboradores en la obra de recopilación de datos y materiales, algunos de ellos muy dispersos, los cuales ha sido preciso reunir para elaborar el libro que reseñamos.

La primera parte de la obra va dedicada a las inscripciones griegas, con apartados destinados a lápidas, plomos, inscripciones en mosaicos, estampillas sobre ánforas y otras sobre ladrillos, y finalmente los grafitos incisos sobre vasos griegos.

En este capítulo es de destacar la importancia y la novedad de los plomos escritos, todos procedentes de hallazgos recientes, al igual que aquellos plomos con textos ibéricos o latinos que se estudian en los capítulos a ellos dedicados.

En la segunda parte se tratan las inscripciones ibéricas, en menor número que las anteriores, entre las que destaca la famosa lápida fragmentaria del Museo Arqueológico Provincial de Gerona.

Los plomos y grafitos se estudian aparte en el mismo capítulo.

La parte tercera es la más numerosa del libro, y en ella aparecen catalogadas, con sus correspondientes fotografías, como en toda la obra, el acervo de inscripciones latinas, divididas las lápidas del primer apartado en religiosas, honorarias, conmemorativas y sepulcrales.

Siguen las inscripciones latinas sobre metales (plomo y bronce) algunas de ellas procedentes de excavaciones de necrópolis que ha llevado a cabo con excelentes resultados el Dr. Almagro en estos últimos años.

Otro apartado comprende los grafitos e inscripciones en objetos varios, piedras, cuentas, tesseras y colgantes de hueso, vasos, crisoles. Otro se destina a las inscripciones en recipientes de vidrio, más escasas que las anteriores, pero entre las cuales figura una bellísima ampula.

Finalmente aparecen las estampillas sobre tégulas, asas de ánforas, bordes de boca y cuellos de las mismas piezas, y sobre ánforas completas; a las que siguen las grabadas sobre bases de ánforas fragmentadas y las que aparecen en

otros recipientes cerámicos. Un pequeño apartado trata de las estampillas púnicas, en número de dos, escasas y raras en Ampurias. Algunas de latinas sobre tapaderas de ánforas y sobre crisoles de fundición terminan esta parte del libro.

Una cuarta sección estudia las lápidas paleocristianas y medievales, entre las que destacan excelentes monumentos epigráficos de destacado interés histórico para Ampurias y el propio Ampurdán.

Las inscripciones ampuritanas dudosas, inventadas y falsas, puesto que de todo ello hay en una gran ciudad antigua, son descritas en un capítulo final del libro, y entre ellas se publican una serie de curiosidades salidas de mano poco experta y con el solo hecho de beneficiarse del lucro que tales objetos pudieran reportar.

Una addenda final recoge todos aquellos epígrafes que fueron apareciendo al hacer las últimas rebuscas por los almacenes y rincones de los varios Museos Arqueológicos y colecciones estudiadas mientras el libro iba confeccionándose.

Por último, cuatro páginas de corrigenda salvan los inevitables errores que en obras difíciles de interpretación como es ésta, pueden muy bien ocurrir, a pesar de las correcciones de pruebas.

A los muchos méritos que ya en sí posee la obra, los cuales no podemos aquí, por el breve espacio, señalar con la debida extensión, hay que destacar sobremanera el valioso intento, afortunadamente conseguido, en recopilar por primera y única vez en España, todos los materiales epigráficos de una ciudad antigua, agotando hasta el máximo la materia como se ha hecho con la presente obra, con la aportación completa de todos los datos precisos, la bibliografía y la ilustración de las piezas tratadas, para todo lo cual, la labor realizada ha sido enorme.

Con ello cuenta la bibliografía ampuritana con un nuevo libro del mayor interés, debido a la capacidad y técnica de trabajo que caracterizan al autor del mismo, cuya obra ha conseguido ya una serie de valiosas críticas, tal como era de merecer, por la innegable utilidad que prestará a los especialistas.—MIGUEL OLIVA PRAT.

ELÍAS SERRA RÁFOLS, *La nau de la Seu de Girona*. Separata de «Miscelánea». Puig y Cadafalch, vol. I (1947-1951), págs. 185-204.

El tema de la Catedral de Gerona ha sido estudiado hasta el presente con el máximo interés desde todos los puntos de vista y ha llenado muchas páginas de libros y publicaciones nacionales y extranjeras.

Cuando parecía que nada nuevo podía añadirse al tema, nos sorprende el culto catedrático de la Universidad de La Laguna (Islas Canarias), D. Elías Serra Ráfols, con el trabajo cuyo título encabeza estas líneas.

Se trata de un estudio de primera mano, ya que los datos que le han servido de base, han sido tomados directamente de los libros de cuentas de la Seo y de los fondos del Archivo notarial de esta ciudad. La búsqueda paciente y mi-

nuciosa de tales datos perdidos entre una multitud de páginas anodinas, ha dado por resultado el hallazgo de unas noticias que han permitido reconstruir una etapa interesantísima de la historia de nuestro primer templo diocesano.

Empieza el autor puntualizando los datos ya conocidos y destaca los hechos históricos incontrovertibles que han de servirle de base para la argumentación y conjetura ulteriores. Tales son la existencia de las capillas de la gran nave en época muy anterior al llamado congreso de arquitectos del año 1416; dedicadas a San Esteban (hoy a la Purísima), a Santa Magdalena (hoy a San Esteban), a Santa Marta (hoy Sagrado Corazón de Jesús) y la de San Ivón, cuya vidriera fué contratada en 1375. De la altura de esas capillas cabe deducir que el proyecto de la obra fué concebido con nave y bóveda únicas, después de abandonar el plan de tres naves seguido antes en el ábside y crucero. Ello obliga a retrotraer considerablemente el tiempo de la concepción de esta nave, atribuida generalmente a Bofill, como había ya adivinado Bassegoda. Por otra parte, el texto de las deliberaciones del congreso de 1416 publicado por Villanueva y La Canal permite asegurar que la obra en cuestión había sido empezada desde antiguo y que posteriormente se había interrumpido la construcción.

Las notas de cuentas del Archivo catedralicio estudiadas por el autor descubren que en 1384 y 1385 se tomaron medidas y se trabajaba en la bóveda. El arquitecto o maestro mayor era entonces Pedro Sacoma, quien dirigía la obra desde 1368 y en 1370 se había entrevistado con Vesián de Cadinach, como ya reportó Puig y Cadafalch, lo cual obliga a fijar en estas fechas el comienzo de la gran nave.

Pero lo que vinculará indeleblemente el nombre del autor a la lista de los historiadores de nuestra Seo, es la aportación lograda con su laboriosidad y competencia, con la noticia de un pequeño congreso de maestros celebrado en Girona en febrero y septiembre del año 1386. Las notas del libro de cuentas del mismo año nos proporciona el dato de la celebración de las reuniones indicadas y el Archivo notarial nos da el texto íntegro de las deliberaciones que tuvieron lugar en tal ocasión. A la luz de estos documentos desconocidos hasta el presente se demuestra que en aquellas fechas existía una discrepancia de opiniones entre los maestros de la región tocante a la nave única ya proyectada en nuestra Catedral, cuya obra si contaba con acérrimos partidarios en esta ciudad, tenía también despiadados enemigos, sobre todo entre los maestros de Barcelona, los cuales estaban resueltos a hacerla abandonar.

Un nuevo aspecto todavía más original de la cuestión nos presenta el autor al descubrirnos que el motivo principal del debate no era sólo la solidez sino principalmente la belleza y la notabilidad o importancia de la obra. Mientras los adversarios, para atemorizar a las autoridades e interesados, insistían en la temeridad que representaba emprender una bóveda de tanta anchura, los defensores declaraban que la obra sería, además de sólida, «mucho más hermosa y notable». Damos los nombres de los maestros que se pronunciaron en favor

de la obra cuya consistencia ha desafiado los siglos y cuya belleza es la admiración de propios y extraños: Guillermo Mieres, Pedro Ramón Bosch, picapedreros, y el maestro mayor de la Seo, Pedro Sacoma. La consideración de la notabilidad de la obra volvió a reproducirse en el seno de la corporación capitular. En octubre del mismo año fueron requeridos los pareceres de los canónigos, y tres de éstos se mantuvieron, contra el parecer general, en una heroica defensa de la obra de sus amores: la nave grande y única. Sus nombres son: Berenguer de Font, tesorero; Dalmacio de Vilalleons, canónigo, y Pedro Montcorb, presbítero de Cabildo. Los argumentos de esos tenaces defensores de la obra son decisivos para descubrir en que consistía el campo de batalla y para orientarnos sobre la época de formación del proyecto de nave única: Hace más de cuarenta años que la obra de una nave está empezada y nadie dudó de la solidez; cuando se decidió tal obra, no se hizo sin una madura deliberación y estudio; no ha de darse demasiada importancia a la opinión de los maestros de fuera, que no conocen la solidez de la piedra, la cal y el cemento de Gerona; que son todos de una misma población y declaran con frases convenidas y monótonas; en último término piden que antes de abandonar la obra se consulte a mayor número de maestros, y si no hay más solución que abandonarla, por lo menos se proyecte otra obra igualmente notable, que pueda llegar a ser célebre en el mundo por su excelencia y capaz de honrar el templo y la ciudad de Gerona. Si tomáramos al pie de la letra el dato de los cuarenta años, nos trasladaríamos al año 1346, fecha de la traslación del altar mayor a la nueva cabecera de la Catedral ya terminada. Pero admitiendo que hubiera alguna exageración en la acalorada defensa de Berenguer de Font, siempre habrá de admitirse que estaba en proyecto la nave única durante el tiempo de la dirección del arquitecto Sacoma, que empezó en 1368.

También aporta el autor nuevos detalles acerca del segundo congreso de arquitectos del año 1416, demostrando que el plan del Cabildo era realizar todavía consultas más amplias que las que se llevaron a cabo.

Cree el autor que el plan de una nave hubo de ser abandonado con el cambio de arquitecto de la Catedral en el año 1394, en que empezó a dirigir las obras el maestro Morey, durante cuya gestión se construyeron algunos pilares, que debieron de ser derribados al triunfar definitivamente el plan de una nave con el arquitecto Bofill en 1417.

Acaba el autor su estudio con un encendido elogio de la nave mayor de nuestra Seo.

Un solo reparo —y de poca monta— formularíamos a las aportaciones del autor. No aceptamos la identificación del enigmático *sepulcro*, de que nos hablan los libros de cuentas, con el departamento situado al lado de la torre del claustro, cuyo muro subsiste todavía. Poseemos datos muy precisos que permiten asegurar que «el sepulcre i cloquer» a menudo reseñado en los referidos libros, era un compartimiento alto situado en el extremo de la nave románica

junto a la puerta de Poniente llamada la Galilea, y estaba rematado por una torre destinada a las campanas y terminado con el ángel de bronce, que nos atrevemos a asegurar que es el mismo que subsiste en la torre actual, decapitado por una bala napoleónica.

Nos complacemos en felicitar al autor por el presente trabajo, cuyos datos han sido ya aprovechados por otros escritores, y que será, en lo sucesivo, objeto de consulta y cita obligada de cuantos se ocupen de historiar el pasado glorioso de nuestra Seo. — J. MARQUÉS, PBRO.

LUIS BATLLE Y PRATS, *Ignaciana*. Extracto de «*Analecta Sacra Tarraconensis*», fasc. I (1952), 10 págs.

El infatigable Archivero Municipal de nuestra ciudad, Dr. Luis Batlle y Prats, nos brinda una nueva prueba de su laboriosidad y competencia con el trabajo cuyo título encabeza estas líneas.

San Ignacio de Loyola, que había cruzado la ciudad de Gerona en viaje de Barcelona a París a principios del año 1528, vió confirmada por la Santa Sede en 1550 la Compañía de Jesús por él fundada. El prestigio de la naciente institución era tan grande que por doquiera era solicitada su labor apostólica. Los jurados de Gerona, en 15 de enero de 1551, recién elegidos quisieron inaugurar su gestión municipal con un acto honroso para la ciudad que había de redundar en gran prestigio para la misma y en bien espiritual de sus habitantes, cual era lograr una predicación a cargo de los PP. de la Compañía. Escribieron, pues, a San Ignacio en persona, rogándole se dignase enviar un padre de la Compañía, para cosechar con su predicación los frutos espirituales que anhelaban para la ciudad.

San Ignacio acogió benignamente la petición y dispuso que pasando por Gerona los PP. Araoz y Estrada, éste permaneciera en ella durante tres días y predicara en la misma, lo cual se verificó efectivamente con gran provecho y edificación de todos.

Ello motivó una nueva petición de los jurados al mismo san Ignacio, al P. Provincial e incluso al Duque de Gandía, el futuro san Francisco de Borja, desde tiempo relacionado con la ciudad, interesándoles en el asunto y manifestando a éste que las cosas se disponían de suerte que podría fundarse un estudio o colegio de la Compañía en Gerona.

Las cartas enviadas con esta ocasión y la perspectiva histórica de los acontecimientos que tuvieron lugar posteriormente en relación a la Compañía de Jesús, quedan reflejadas en el presente trabajo, que representa una importante aportación a la historia religiosa y cívica de nuestra ciudad.

Felicitemos al autor por su meritorio trabajo sobre fuentes inéditas, y nos congratulamos del aumento del acervo de datos históricos que nos proporciona con su labor investigadora. — J. MARQUÉS, PBRO.

LUIS BATLLE Y PRATS: *Documents per a la biografia i obres dels artistes gironins Francesc Artau i Pere Compte*. Separata de «Miscelània Puig i Cadafalch», vol. I (1947-1951), págs. 139-148.

La figura del platero gerundense Francisco de A. Artau ha pasado a la historia por ser el autor de la custodia de la Catedral de Gerona, que es su obra maestra. Sin embargo, apenas se conocían detalles de su vida ni otras obras de importancia que se le pudieran atribuir.

El Dr. Luis Batlle y Prats, en el trabajo que reseñamos, nos da a conocer varias actuaciones del mencionado orfebre, y sobre todo, una obra de importancia considerable, cual era un relicario para el convento de la Orden de Predicadores de esta ciudad.

Nos da a conocer asimismo la verdadera grafía del apellido del célebre maestro, que es *Ortal*, según ya defendió el P. Fita. Así lo prueba la firma de puño y letra del meritado maestro, contenida en un libro del Archivo del Municipio, de cuyo consejo formó parte en su tiempo, procedente del mencionado convento de PP. Predicadores.

Las notas documentales transcritas en su trabajo por el autor pueden servir de base inmejorable para la futura biografía del eximio artista gerundense.

En la misma época que F. Ortal, brilló con luz propia, aunque abandonada su ciudad natal por la de Valencia, el arquitecto o maestro mayor de la Catedral de Valencia, Pedro Compte, constructor asimismo de la Lonja de la misma ciudad.

Por el estudio que reseñamos, nos informa el culto Archivero Municipal, Dr. Batlle, que el celebrado arquitecto fué oriundo de Gerona, y que al llegar a la edad madura, honrado con la confianza de la ciudad de adopción, decidió incorporarse legalmente a Valencia, renunciando a su ciudadanía gerundense. Los jurados de Gerona, en 1492, deliberaron sobre esa renuncia y no quisieron aceptarla.

Tal es a grandes rasgos el contenido del opúsculo, redactado con el aticismo a que nos tiene acostumbrados el autor, con el cual logra hacernos revivir la emocionante escena habida en la corporación municipal con motivo de la renuncia indicada, así como la vida gerundense de aquella época.—J. MARQUÉS, PBRO.